

VENGANZA 3

SIN COMPASIÓN



LA
TRILOGÍA
ERÓTICA
MÁS
POLÉMICA

MALENKA RAMOS

Venganza 3. Sin compasión

Malenka Ramos

Esencia/Planeta

© Malenka Ramos, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: © más!gráfica
© Fotografía de la autora: © Archivo de la autora

Primera edición: noviembre de 2014
ISBN: 978-84-08-13310-0
Depósito legal: B 21424-2014
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



Terrores

«Todos tenemos nuestros demonios, nuestros tormentos, esos pequeños traumas que nos han acompañado durante mucho tiempo. A veces vuelven y te desgarran las entrañas, te hacen recordar que eres débil...»

Estaba sentado en el escalón del porche. Desde ahí podía contemplar la calle, olvidarse por un momento de que su madre olía a alcohol y cigarrillos otra vez.

—Mamá es buena, sólo está enferma y debería curarse. —Parpadeó y apoyó los codos en las rodillas—. No quiero que grite, no quiero que beba, me gustaría que fuera como todas las madres, bonita, alegre, una madre que me cuidara.

Vio el coche de aquel hombre pasar una vez más, siempre a las mismas horas, unas veces a las cinco de la tarde, otras a las ocho. Era cómico, si tuviera padre, él también tendría un coche igual de elegante, quizá con dos tubos de escape, como en las películas.

—¡Maldito niño estúpido! —gritó su madre por la ventana—. ¡Luis, entra en casa!

—Voy mamá.

Algún día sería como el hombre que pasaba por delante del porche cada día.

—Tiene una hija bonita, lleva vestidos de seda sin agujeros

—pensó—. Tiene el pelo negro azabache. ¿Vivirán cerca? Es raro, pasa mucho por aquí...

Despertó y se aferró el pecho con fuerza. Sara dormía a su lado, profundamente.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó—. Dios mío...

Miró a su alrededor, secándose el sudor de la frente. Jamás conseguiría que las pesadillas desaparecieran. Se levantó y salió al balcón. La casa estaba vacía sin Dominic y Samara. Apoyó las manos en la barandilla y bajó la cabeza.

—¿Luis? —La suave voz de Sara lo devolvió a la realidad—. ¿Luis?

—Estoy aquí, Sara.

La joven se despezó y caminó descalza hacia el balcón. Se frotó los ojos y sonrió con dulzura.

—¿Qué haces aquí, Luis? Son las cinco de la mañana...

—No podía dormir, he tenido una pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí. —Miró al vacío y meneó la cabeza.

Sara se aferró a su cintura, apoyando la cabeza en su espalda.

—¿Añoras a Samara y Dominic? Volverán pronto, Luis.

Se dio la vuelta y la estrechó con fuerza entre sus brazos. Aquella noche necesitaba meterse entre los brazos de Samara, era la única forma de no tener pesadillas. Sin embargo, ella no estaba, era feliz.

—Mi tierna Sara... —susurró, besándole la frente.

—Yo también me quiero ir contigo a alguna isla paradisíaca —dijo ella con humor.

Luis se rio y la estrechó con más fuerza contra él.

—Lo haremos.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, niña terca y caprichosa. —La cogió en brazos y entró en la habitación—. Vamos a dormir, es demasiado temprano.

—Una isla elegante. Nunca había salido de la ciudad hasta que os conocí —murmuró.

—Una isla elegante—repitió él, arropándola—. Lo que quiera la señorita.

—Con un hotel de lujo y que nos lleven el desayuno a la cama.

—Desayuno y lujo. Perfecto, señorita. Duerme, Sara.

Se aferró a él y metió la nariz en su hombro.

—Con piscina, playa y cocoteros... Tú y yo solos.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Comenzó a dormirse, sonrió y arrugó su respingona nariz.

—Y que me quieras... —Empezaban a pesarle los párpados, por mucho que intentara mantenerse despierta— y que me lo digas alguna vez.

—Ya te quiero, Sara...

Lo dijo con apenas un hilo de voz, pero ella ya estaba profundamente dormida como para oírlo.



Soy humano

«Jamás en todo este tiempo he estado a solas contigo. Te dije una vez que no podía cambiar. Dentro de este desorden que me acompaña allá donde voy, existe una parte de mí que roza lo humano y, aunque no siempre seré así, puedo darte unos momentos de paz y esa parte de mí que apenas conoces.»

Quiero mimos de mi hermana. A Samara el mensaje de texto le hizo gracia. Observó el cielo y se colocó el bikini de manera que la marca no se notara en exceso.

—Mi Luis... —susurró con melancolía.

Miró hacia el pequeño bar con techo de paja, Dominic comía aceitunas concentrado en el periódico, con un pantalón corto y una camisa blanca que flotaba con la tenue brisa. Por suerte, ella llevaba gafas de sol, de esa forma podía observarlo con más detenimiento sin que la viera.

Era gracioso, por primera vez lo veía relajado y tranquilo. En aquel momento sólo le apetecía disfrutar de esa normalidad, era una parte de él que aún desconocía; sin Quimera, el trabajo y la «familia» cerca, era otro hombre totalmente distinto.

Se volvió disimuladamente. La camarera, una rubia diminuta de pechos apretados, se acercó a él con paso firme y esbozó una sonrisa pícaro, mientras se inclinaba para ofrecerle algo.

«No le gusta que lo interrumpan cuando lee, rubita —pensó

Samara, y le hizo gracia ver cómo Dominic levantaba la vista por encima de las gafas de sol y miraba a la camarera fijamente—. ¿Lo ves? No necesita nada, pechugona —se dijo con humor—. Vete a atender a otro o saltaré de mi toalla y te arrancaré ese postizo.» Se rio entre dientes y resopló para sus adentros.

Dominic pasó las páginas del periódico y volvió a reclinarsse en la butaca de mimbre, le dirigió una mirada curiosa y se metió otra aceituna en la boca.

Diez días en Bali. Estaba ansiosa, y no por el viaje, el país o las playas. Diez días a solas con él, sin nadie cerca, sin problemas, sin miedos. ¿Cómo sería? Ni siquiera ella lo sabía, las pocas horas que llevaban allí apenas le habían dado tiempo a conocer nada de él. Maletas, botones, gente cerca, trajín y por fin ahora estaban en la playa. Cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.

—Te vas a quemar.

Samara pegó un bote al oír su voz. Abrió los ojos y lo vio de pie frente a ella.

—Me has asustado —dijo incorporándose—. No, llevo protección. ¿No tomas el sol?

Él bajó la cabeza y frunció el ceño.

—No quiero tener cáncer dentro de unos años... Además, ya soy moreno.

—Eres un privilegiado. Mi marido es un poco moro.

Él ladeó la cabeza e hizo una mueca irónica.

—Tu marido todavía puede cambiarte por un saco de espe-

cias en este país... Las mujeres en edad fértil son muy cotizadas y en algunos sitios el trueque sigue de moda.

Se quitó la camisa y emergió la bestia. Todavía solía pensar que Dominic no era consciente de lo hermoso que resultaba para la gente. Miró hacia el bar y observó a la diminuta rubia vigilando. Cuando su mirada se cruzó con la de la chica, ésta intentó disimular lo obvio.

Dominic miró la piscina y se encaminó hacia ella.

—Princesa, no seas celosa, las rubias no me ponen —dijo.

—Cabrón —murmuró—. Nunca se te escapa una.

—Yo también te quiero —le oyó decir ya en el agua.

Se volvió a quedar profundamente dormida hasta que una lluvia la despertó. Lo tenía delante y sacudía la cabeza mojada con intención de ponerla perdida.

—Hay dos opciones —exclamó con firmeza—, o te pones a la sombra sola o te pongo yo.

—¿Cómo?— Apenas había recuperado la conciencia. Agua, playa, Bali, Dominic de pie con gesto de enfado—. No. ¿Qué hora es?

—Llevas tres horas al sol, Samara. —Levantó el brazo y llamó a la rubia pechugona, que trotó por la arena en dirección a él—. Necesitamos una sombrilla.

—Claro, señor, ahora mismo aviso para que la traigan —contestó con picardía—. ¿Algo más?

«Sí —pensó Samara—, que salga un congrio del mar y te devore entera.» Se sintió perversa, luego se rio pensando en esa remota posibilidad y a la rubia gritando, arrastrada por un enorme pez.

—No, gracias, nada más —contestó Dominic.

La rubia la miró a ella con educación y se alejó por la playa.

El móvil de Samara sonó, acababa de recibir un mensaje de texto.

—¿Luis? —preguntó Dominic, tumbándose boca abajo en la toalla.

—Quién si no. —Ella lo abrió y se rio.

Carlo me atormenta, Sara ha puesto la casa patas arriba y yo necesito unas vacaciones o voy a matarlos a todos. Pasadlo bien. Dominic, sé que lees este mensaje. Devuélveme a mi hermana postiza de una pieza.

Samara soltó una carcajada y suspiró.

—Es como tener un hijo de treinta y tantos años —musitó Dominic.

Ahora el que sonaba era el móvil de él; apretó el botón de manos libres y resopló.

—Carlo... Te echábamos de menos.

—Hola, pareja. Lo sé. No podéis vivir sin mí.

—No me hables de trabajo, por favor...

—Ah, eso está prohibido, amigo, pero buena la has hecho con la casa Malbaseda. Jeremías está que trina, todos están nerviositos.

Samara puso gesto de sorpresa, Dominic negó con la cabeza.

—Dime algo que no sepa. No quiero saber nada de nadie. ¿Podréis controlarlo sin mí?

—Por supuesto, papi —respondió Carlo con sorna—. Samarita Romano... —dijo socarronamente y luego se rio.

—Carlo Armani —replicó ella—, te echamos de menos.

—Yo no —soltó Dominic.

—No mientas, chico duro, sé que en el fondo os arrepentís de no haberme llevado con vosotros. Está prohibido concebir mini Dominics sin que esté yo presente, no sé si se lo has dicho ya a tu mujer. Es una norma de la familia, como en la Edad Media, folláis los dos y todos miramos.

—Carlo...

—¿Dominic?

—No necesitamos descendencia, con todos vosotros cerca.

—¡Oh, sí! Roberto ha tenido una revelación y dice que este año quiere hijos.

—Era lo que nos faltaba.

—No veo yo la casa llena de mocosos. —Carlo soltó una carcajada histérica.

—Yo sí —replicó Dominic—. Cada vez que os juntáis todos.

—Yo también te quiero, amigo.

—Carlo... Adiós.

—Sí, mi amo. —Rio y dijo algo entre dientes—. Chicos, pasado bien. Dominic, todo controlado. Nos vemos.

—Cuídate, amigo.

—Y vosotros.

Samara lo miró con curiosidad.

—¿Pasa algo con los Malbaseda?

—Nada que deba preocuparte, negocios y más negocios.

La rubia pechugona apareció por la derecha, con un mulato cargado con una sombrilla.

—Señores, su sombrilla.

—Gracias, muy amable —contestó Samara con sarcasmo.

—Bien, nena, ahora ya puedes dormir. Y hazlo, porque te espera una noche larga, atada al cabecero de la cama.

Samara miró a la rubia, miró a Dominic, miró al mulato y miró la toalla. Volvió a mirar al mulato, que sonreía como un estúpido, clavando la sombrilla en la arena, luego a Dominic, medio dormido, y luego a la rubia, que sujetaba una cestita de caramelos con cara de circunstancias.

—Qué gracia tiene mi... marido... —dijo con una risa nerviosa.

—¿Te das cuenta? —Dominic miró al mulato con pereza—.

Cómo les cuesta reconocer que les va lo duro.

—¡Oh, claro, señor! Ellas siempre tan modosas.

Dominic se incorporó, metió la mano en la cesta de los caramelos y sacó una piruleta de fresa, que se metió en la boca. El mulato, en su salsa, ajustaba el anclaje de la sombrilla, mientras miraba de reojo a Samara.

—¿Quieres una piruleta, cariño? —preguntó con sarcasmo.

—No, gracias, mi amor —contestó ella entre dientes.

Dominic le dirigió una mirada a la camarera.

—Gracias.

La joven no se movió, sujetaba la pequeña cesta de mimbre algo desconcertada.

—¿Qué? —le espetó él al fin.

—Oh, nada, señor. Disculpe. Disculpe... —respondió, saliendo de su mutismo. Luego trotó por la playa seguida del joven mulato y desapareció tras la puerta del hotel.

—Es increíble —comentó Samara—. Casi tengo que limpiarle las babas.

—Y yo al mulato —apostilló él riendo, mientras le daba una palmadita en la pierna.

—Estabas de broma con lo del cabecero, ¿no?

—Yo nunca suelo estar de broma, princesa.